

# XXX Domingo (T.O. – B)

---

28/10/2012

Oratorio de san Felipe Neri

Alcalá de Henares

1. Intentemos, en primer lugar, tomar una idea de la situación del Pueblo de Dios cuando recibe la palabra del profeta Jeremías. Así podremos entender también mejor lo que Dios nos dice a nosotros hoy.

Resumiendo esta situación:

El Pueblo de Dios se adentra, desde mucho tiempo atrás en un camino que le aleja voluntariamente de Dios. Se aleja de Dios, de forma progresiva y contumaz. En este camino ha sido dividido entre el Reino del Norte, que será llamado Israel, y el Reino del Sur, llamado Judá. En un momento posterior de este camino, el Reino del Norte ha sido invadido y ha sufrido una deportación. Y el Reino del Sur se acerca también al fracaso. Al profeta Jeremías le toca la triste misión de anunciar la devastación total: No sólo el Reino del Norte, también Judá será arrasada; Jerusalén sitiada y saqueada; el Templo destruido; y los supervivientes serán llevados al destierro, lejos de su patria, donde sufrirán la opresión. Este es el triste anuncio que debe reiterar Jeremías día tras día.

Esta es la situación general.

[En este camino en el Reino del Sur ha habido como una pequeña luz de vuelta a la fe, de vuelta a Dios, que se da con el Rey Josías, pero en medio de tanto pecado por parte del pueblo elegido parece como un punto que sirve para que el pueblo elegido pueda comprender lo que va a ocurrir]

2. Pero en esta lectura, que acabamos de escuchar, Jeremías anuncia lo que vendrá después de esa destrucción, la promesa del consuelo posterior al castigo. Esta promesa incluye la vuelta a la unidad de los dos reinos, el del norte y el del sur. Y se describe con estas palabras preciosas: **“Se marcharon entre lágrimas, los devolveré entre consuelos”**.

Y realmente esto se cumplirá. Dios cumplirá esta promesa que hace Jeremías, pero no la llevará a cabo sin la purificación del castigo. No se trata de un castigo vengativo de Dios, como si Dios tuviese la necesidad de vengar su amor despreciado. Se trata de la purificación del corazón.

Y del pueblo corregido, purificado, y que es recogido con amor por Dios y conducido, de nuevo, entre consuelos, se dicen dos cosas muy curiosas: por un lado se habla **“del mejor de los pueblos”**, pero por otro, ¿quién lo forma? Dice Jeremías que **“entre ellos, los ciegos, los cojos y las paridas”**. Sin duda, si un pueblo caracterizado por los cojos, los ciegos y las paridas, son **“el mejor de los pueblos”**, no lo será por criterios meramente humanos de fuerza o de poder, sino porque justamente con los humildes, con los que son tenidos en este mundo como inútiles, Dios hace cosas grandes.

También nosotros, que tantas veces nos alejamos de Dios debemos afrontar la purificación de nuestro corazón. Es necesario que Dios nos cure: de la enfermedad que nos hace creernos autónomos; esta idolatría de nosotros mismos nos hace orgullosos; la enfermedad del orgullo

mata el amor en el alma, mata el amor a Dios y el amor a los otros; la falta de amor nos hace crueles y egoístas; el egoísmo nos encierra en nosotros mismos y nos esclaviza con toda clase de pecados de la lujuria, de la gula, de la pereza..., que deforman nuestra alma y nos hace semejantes a los animales. Es necesario que Dios nos purifique.

Quizá nos gustaría que fuese de otra manera, pero sólo la purificación nos recuerda que no somos dioses, nos hace humildes y receptivos al amor, a la gracia y a la misericordia de Dios.

Hoy Dios nos habla del consuelo, del consuelo de los corazones que ya han sido purificados y curados de su orgullo, que ya son humildes, por eso nos habla de un pueblo de cojos, de ciegos y de paridas. Nosotros debemos marchar dichosos hacia Dios, sabemos que no se nos ahorra la purificación que necesitamos, no se nos ahorran dolores, enfermedades y toda clase de tribulaciones, pero tenemos ante los ojos, grabado en el corazón, la promesa de Dios: **“los traeré entre consuelos”**.

Esta promesa de Dios que nos llega por medio de la Escritura, es la misma promesa que podemos escuchar en nuestra alma. También allí la certeza de la Existencia de un Dios que nos ama, nos abre a la espera y a la esperanza de que Dios nos redima, nos salve y nos consuele.

Y sabemos que él es fiel.

### 3. El evangelio nos habla, de la fidelidad de Dios.

Dios que se ha hecho presente en medio de su pueblo para cumplir sus promesas. Se trata del cumplimiento de la promesa hecha por Jeremías y de todas las demás promesas. Ahora pongámonos en el lugar del ciego. No es un artificio, sino el sencillo reconocimiento de lo que somos: hombres ciegos, puestos en el camino, pero parados allí porque que van a oscuras, a ciegas; hombres que ya no caminan hacia su destino, sino que se contentan mendigando de unos y otros, porque no tienen seguridad ni horizonte al que dirigirse, ni luz para andar, ni vista para ver por dónde. En esa situación nos encontramos tantas veces en la vida...

Sin embargo la oscuridad que el pecado arroja en nuestra alma no es tanta que nos impida reconocer a Aquel que es nuestra única esperanza. Cuando él aparece, aunque andemos sin luz en los ojos, hay un sentido interior que aún permanece vivo y que nos hace reconocerlo. Reconocemos ante nosotros la presencia viva de Aquel que nuestra alma necesitaba y esperaba.

El ciego lo reconoce, reconoce la única posibilidad de salvación, de luz, y grita: **“Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mi”**. Es una confesión. El ciego confiesa su pobreza, no ve y necesita un salvador: **“ten misericordia de mi”**. El ciego confiesa también lo que es capaz de reconocer en aquel hombre: **“Hijo de David”**; esto es: el Salvador prometido, el Mesías, el descendiente de David. Él no conoce toda la verdad, toda la grandeza que esconde aquel que pasa por delante, que no es sólo el “hijo de David”, sino mucho más que eso, el Hijo de Dios, pero le basta confesar y fiarse de aquella luz que se enciende en su alma. Fiándose grita, **“Jesús, Hijo de David, ten compasión de mi”**, y fiándose de esta pequeña luz que se enciende en el fondo del alma, será premiado con la luz de los ojos y con una luz aún mayor.

Todos quieren acallar esta voz del pobre ciego que se levanta de la miseria hacia su Salvador. Eso nos pasa constantemente. Todos alrededor –incluso nosotros mismos– nos dicen: “pobre iluso, confórmate con pedir limosna y calla, diviértete en lo que puedas y olvida así tu miserable condición. No grites, que nadie te escucha, conténtate con las limosnas. Dios

no existe y si existe no nos mira, ni nos escucha, ni se cuida de nosotros. Diviértete en lo que puedas y olvida así tu miseria y tu pobreza”.

Pero no, aquel que se deja guiar por la pequeña pero cierta luz de su alma y se fía de ella, cuando reconoce al Salvador que espera, y grita y pide auxilio a su Salvador, ese no es desatendido. Dice el texto que, a pesar de que la gente le decía que se callara, él gritaba más: **“Jesús, hijo de David, ten compasión de mí”**.

**Y Jesús se detuvo y dijo: “Llamadlo”**.

Repetid el diálogo en vuestra alma:

***“¿Qué quieres que haga por ti?” “– Maestro, que pueda ver”***

***“Anda, tu fe te ha curado”***

Luz, necesitamos luz, luz para descubrir la verdad: la verdad de nuestro corazón que clama por un amor perfecto y eterno, que clama por Dios; luz para comprender cuál es nuestro verdadero destino, luz para ver el camino que debemos andar y, sobre todo, luz para reconocer a Aquel que viene a buscarnos y a andar con nosotros ese camino. Dice el texto de san Marcos que el ciego **“recobró la vista y lo seguía por el camino”**.

¿Qué necesitamos nosotros para hacer lo mismo? ¿Qué necesitamos para reconocer nuestra ceguera y la pobreza y miseria de nuestra vida? ¿Qué necesitamos para reconocer a aquel que viene a cumplir las promesas de Dios? ¿Qué necesitamos para reconocer al mismo Dios que viene a llevarnos con él, que viene a consolarnos con su amor?

Esto es lo fundamental. El Evangelio de hoy es una invitación a gritar a nuestro Salvador, no con voces, sino con el deseo sincero de nuestro corazón.

4. Por otro lado la carta a los hebreos no hace sino animarnos a ello. Él se ha hecho hombre y él nos comprende: **“Él puede comprender a los ignorantes y extraviados, ya que él mismo está envuelto en debilidades”**. Más aún, éste que nos conoce, que sabe de nuestra debilidad y la ha hecho suya, y ha cargado con nuestras debilidades y con nuestras faltas, y lo ha hecho por amor, es nuestro Sumo Sacerdote, quien intercede por nosotros ante su Padre. Él eternamente vive delante de Dios y el sacrificio de su cruz permanece vivo ante Dios suplicando nuestro perdón: he ahí sus manos aún traspasadas, he ahí la Eucaristía, memorial vivo de la ofrenda de sí mismo por nosotros.

Vuelvo a repetiros: ¿qué necesitamos para fiarnos de la pequeña fe de nuestra alma? ¿para reconocer a nuestro Salvador? ¿para gritarle? ¿para seguirle por el camino? Ánimo, no se nos pide nada inalcanzable, sólo que seamos capaces de suplicar, que no dejemos de pedir, que no dejemos de rogar, que no nos conformemos con mendigar entre los hombres, sino que supliquemos a Dios y lo sigamos. Ánimo, Cristo ha venido a buscarnos.

Alabado sea Jesucristo

P. Enrique Santayana C.O.